

EMILIO J. JUSTO

**LA BELLEZA
DEL SER HUMANO**

Reflexiones
desde la teología

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2022

A Juan María Uriarte Goiricelaya,
maestro de vida y amigo

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2022
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2137-3
Depósito legal: S. 401-2022
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN: El misterio del hombre	9
1. UN SER CREADO	17
1. Creatura	18
2. Imagen de Dios	23
3. El destino de los hombres	30
2. LA PERSONA HUMANA	33
1. Ser personal	34
2. Singularidad	40
3. Corporalidad	44
4. Libertad	51
5. Amor	56
6. Misión	59
3. LA FRAGILIDAD	63
1. Finitud	64
2. Vulnerabilidad	66
3. Muerte	72
4. Mal	78
4. UN SER QUE PIENSA	83
1. Palabra	84
2. Ciencia	88
3. Pensamiento	93
4. Creatividad	97

5. LA ESTRUCTURA COMUNITARIA	101
1. Condición relacional	101
2. Solidaridad	104
3. Comunidad	106
4. Política	110
6. LA DIMENSIÓN TEOLOGAL	117
1. Espiritualidad	118
2. Experiencia de Dios	120
3. Salvación	123
4. Eternidad	127
EPÍLOGO: El amor que hace bello al ser humano	133
<i>Para seguir leyendo</i>	139

INTRODUCCIÓN

EL MISTERIO DEL HOMBRE

¿Acaso se encuentra un misterio tan insondable como el hombre? Cada persona es un misterio, oscuro a veces y casi siempre habitado por una tenue o luminosa belleza. Y no solo los otros, también cada persona se descubre a sí misma como un misterio. Nos sorprendemos a nosotros mismos, porque llegamos a hacer lo que nunca pensaríamos haber hecho, aguantamos lo que nos parecía imposible o logramos lo que veíamos inalcanzable. En ocasiones nos angustiamos por lo que no queríamos hacer y otras veces nos maravillamos porque experimentamos lo que no esperábamos.

Como somos enigmáticos y nuestra vida está envuelta por el misterio, los seres humanos nos preguntamos por nosotros mismos. Necesitamos pensar lo que es el hombre para saber quiénes somos. También en la sociedad se plantea la pregunta por el hombre, pues la vida social, la organización política y las regulaciones de la convivencia se basan en lo que es auténticamente humano. En el fondo, los grandes debates sociales plantean la pregunta por lo que es y por lo que debe ser el ser humano. El valor de lo humano configura la vida de las personas y de la sociedad como un criterio determinante.

Muchas ciencias se dedican a pensar al hombre en sus distintas dimensiones. En la paleontología se busca conocer el proceso de hominización y el desarrollo de los humanos; la biología estudia sus elementos fisiológicos; la historia investiga lo que los hombres han hecho y vivido; la sociología se fija en sus comportamientos y en su interacción con otros. Hay ciencias que unen la reflexión sobre el hombre y la acción sobre él. La medicina trata al hombre en relación con la salud y la enfermedad, actuando sobre el sujeto enfermo para que sane o para cuidarlo; la psicología analiza la personalidad de cada individuo, ofreciéndole recursos para desarrollar su vida en libertad; la ética presenta valores y virtudes para dar forma a su existencia; el derecho piensa al hombre desde el valor de sus acciones, regulando las relaciones personales y asegurando a esas relaciones elementos de objetividad.

Estos distintos acercamientos a lo humano ofrecen mucho conocimiento sobre el ser humano. Sin embargo, aunque sean necesarios, solo desde esos conocimientos no se sabe lo que es el hombre. Saber qué es el hombre es la tarea de la antropología. Se habla de antropología cultural, social, filosófica, teológica... En realidad, solo hay una antropología, que es la ciencia que piensa al ser humano como tal y se pregunta por el ser y la identidad del hombre (lo que comúnmente se entiende por antropología filosófica). Este pensamiento sobre el hombre se enriquece a partir de las perspectivas de cada una de las ciencias.

Ahora bien, la reflexión antropológica se encuentra con un inconveniente que le resulta insalvable y la convierte en imposible. Las ciencias piensan lo que

es el hombre en sus distintas dimensiones, estudiando diversos aspectos. Esta forma de conocimiento cuenta con un objeto, que es externo al sujeto que lo estudia y puede ser definido e investigado. Sin embargo, el hombre no es un objeto que está ahí sin más, sino que es alguien que vive, piensa, actúa, siente, proyecta, decide. Esta condición de ser *alguien*, y no algo, hace que no sea posible objetivarlo. Solo se puede entender al ser humano desde la existencia de cada individuo. Hay algo común que puede mostrar lo que es humano (y, por eso, son tan importantes todas las ciencias), pero la común naturaleza no dice *quién* es un hombre.

No podemos, sin embargo, dejar de pensar quién es el hombre, qué significa lo humano, cuál es su naturaleza, cómo es su identidad. En consecuencia, la antropología se enfrenta a un límite prácticamente insalvable, porque el hombre responde a un *quién*, no a un *qué*, y para poder objetivarse debería situarse más allá de sí mismo¹; y no obstante, la antropología es necesaria, porque aquel que es un *quién*, no deja de preguntarse por sí mismo. En el hombre no se para el pensamiento, como no se frena su deseo, ni siquiera cuando parece imposible que alcance su meta. Irremediablemente el hombre necesita pensar sobre sí mismo. Y su identidad personal, por ser humana, lo vincula a los demás seres humanos. Encontramos algo común en quienes no son meros objetos, sino seres que responden a un *quién*. La difícil pregunta que debe responder la antropolo-

1. Hanna Arendt considera que «si tenemos una naturaleza o esencia, solo un dios puede conocerla y definirla, y el primer requisito sería que hablara sobre un ‘quién’ como si fuera un ‘qué’» (H. Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona ⁵2018, 24).

gía consiste, por tanto, en saber *quién* es el hombre. Y esta cuestión se explica en consecuentes preguntas: *¿Quién soy yo?* *¿Quién* es el otro humano? *¿Quién* es mi prójimo?

La identidad personal del ser humano está envuelta por su condición misteriosa. Cada persona es un misterio que nunca se agota y siempre suscita interés. Se puede pensar el misterio, pero únicamente desde dentro. Siendo hombre y viviendo una existencia personal, es posible pensar la realidad humana, pero sabiendo que una persona nunca se agotará en conceptos, categorías o relaciones. La reflexión sobre el ser humano hace entrar en ese misterio, igual que, al vivirse a sí mismo como misterio, el hombre piensa, se pregunta, busca, dialoga. Por tanto, solo es posible hacer antropología si se asume que no se puede agotar al hombre y si se toma conciencia de que no podrá abarcarlo ni conocerlo por completo. El pensamiento entra en un terreno sagrado, que no puede dominar ni aprehender; el razonamiento, la reflexión y el diálogo ayudan a entender al hombre en lo que tiene de común humano y a cada persona; pero la identidad de cada individuo resulta inagotable. Por eso, la antropología ha de moverse con el máximo respeto, con permanente asombro y con continua humildad. Sabemos algo del ser humano y de quiénes somos; necesitamos pensar sobre nosotros mismos y sobre nuestra identidad. A pesar de todo, una completa y definitiva comprensión del hombre siempre se nos escapa. Entender que la antropología es imposible quiere decir que la ciencia del hombre nunca está hecha, y que cada tiempo y cada persona precisan de su propia e insustituible antropología.

Esta dimensión misteriosa del ser humano y la condición siempre abierta de la antropología permiten pensar una dimensión teológica. El ser humano es un sujeto y, como tal, no está ya totalmente hecho. Está construyendo su vida, abierto al futuro y a una dimensión de transcendencia. Por ser un quién, se piensa desde más allá de sí mismo y se proyecta hacia lo que le viene y hacia lo que le trasciende. Hay una dimensión espiritual que lo remite a lo transcendente. Y quizás desde más allá de sí mismo se pueda pensar al hombre con una profundidad mayor, pues quien es misterio ilumina su identidad desde quien es misterio absoluto.

Dios se presenta en el horizonte del hombre como deseo o como pregunta, y en la fe como realidad ante quien se está. Normalmente nos preguntamos quién es Dios para nosotros, si creemos en Él, si lo necesitamos, si queremos que exista o si queremos contar con Él. Realmente estas son preguntas antropológicas importantes para pensar quiénes somos. No obstante, la verdadera cuestión teológica de la antropología es otra: ¿Quién soy yo para Dios? En la Biblia se formula preguntando a Dios mismo: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (Sal 8, 5)². Lo decisivo para el ser humano es si cuenta para alguien y si alguien cuenta con él. Esto determina la existencia humana.

2. La tradición cristiana ha profundizado en esta pregunta por la significación del hombre para Dios. «¿Y qué soy yo para ti para me mandes que te ame?» (Agustín de Hipona, *Confessiones* I, 5, 5). «¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? / ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, / que a mi puerta, cubierto de rocío, / pasas las noches del invierno oscuras?» (Lope de Vega, *Rimas sacras* 41). Se puede encontrar una bella reflexión en O. González de Cardedal, *Dios, Sígueme*, Salamanca 2004, 55-62 («¿Quién soy yo para ti, Dios mío?»).

Lo que está en la raíz de lo humano es, entonces, si cuenta para alguien de forma absoluta, si es *alguien* para el que es absoluto. Por tanto, la antropología lleva en su centro una dimensión teológica. Para pensar el misterio del hombre, se puede encontrar luz en la pregunta por el significado del hombre para Dios. Lo que Dios piense del hombre y cómo se comporte con él será iluminador para profundizar en lo humano y para descubrir la belleza de cada persona.

Esta veta teológica de la antropología introduce la reflexión en el misterio del hombre y en el pensamiento sobre su identidad. Ayuda a iluminar las distintas dimensiones de lo humano, así como los múltiples recovecos que hay que considerar para pensar al hombre. Además, la identidad personal de Dios ofrece un elemento determinante para la comprensión del ser humano como misterio y como persona. Aunque pensar al hombre es una tarea específica de la filosofía, las cuestiones de la antropología afectan a muchos temas teológicos y también la teología puede ampliar el horizonte de esos temas propios de la filosofía. Teología y filosofía se encuentran en temas decisivos, y sus fronteras están siempre abiertas. Comparten algunos métodos de reflexión, como el constante preguntar y preguntarse por lo que es y por lo que se vive. En consecuencia, sintonizan bien para pensar quién es el ser humano.

En este libro se reflexiona sobre aspectos fundamentales de la antropología, pero más con la intención de identificar, y quizás suscitar, preguntas, que de resolver problemas. Se toma un enfoque teológico, partiendo de la comprensión del hombre como un ser creado

por Dios. La creación del hombre implica una relación constitutiva del hombre con Dios y lleva a reconocer estructuras que pertenecen al ser humano.

Al estar la identidad propia de lo humano marcada por su ser persona, el segundo capítulo aborda la condición personal del hombre y las implicaciones que tiene su singularidad personal. Así seguidamente resulta posible indagar sobre aspectos esenciales que conforman la identidad personal: finitud, pensamiento, comunidad y espiritualidad.

La persona está abierta reflexivamente a sí misma y trascendentemente a los demás y a Dios. Las consideraciones teológicas que, en diversos momentos, se introducen pueden ayudar a señalar algunos temas antropológicos y a pensar algunas dimensiones del ser humano. En este sentido, este libro pretende ser una iniciación a las cuestiones fundamentales que aparecen cuando se piensa al ser humano. Ojalá que la lectura de estas páginas suscite a quien las lea el deseo de seguir ahondando en estos temas que inician en el misterio del ser humano.